

In-vagina y otras historias

Tony A. Rodríguez



Capítulo 1

UN PEDACITO DE TI

Julio entró como una exhalación hacia una casa derruida y devastada por la guerra que assolaba la ciudad. Se encontraba en un país en conflicto, junto a varios soldados del ejército español. Entre ellos Manuel, el cual también era sanitario. El primero llevaba un niño nativo en los brazos y el segundo con mucho brío logró quitar de una mesa objetos quemados por el fuego que asoló toda la casa. No había más que ruido de disparos y explosiones. Colocaron al niño, con cuidado, encima del mueble. Estaba desangrándose por una bala que le atravesó el estómago. Trataban de pararle la hemorragia, pero salía demasiada sangre. Un soldado, de varios que habían por la zona, trató de decirles que se dieran prisa puesto que venía una oleada enemiga a lo lejos. Los médicos intentaban taponar la herida con lo poco que tenían encima para ello, pero no era suficiente. Otro niño se encontraba detrás, de su misma edad, con rostro triste y compungido.

—¡Todo va a salir bien, ya lo verás! En cuestión de poco tiempo estarás jugando con tu hermano otra vez —Julio sonrió con afabilidad al niño.

—No tenemos suficiente material aquí. ¡Tenemos que llevarlo a un hospital!

—Si lo vais a hacer, hacedlo ya. ¡Que no hay tiempo! —Gritó el soldado desde fuera, mientras disparaba su subfusil.

—¡No sobrevivirá al traslado!

—Algo tenemos que hacer, ¡no podemos ver cómo se desangra!

En ese momento, el soldado recibió un disparo que lo tumbó al suelo de golpe.

A través de un ventanal, y encima de una azotea frente a esa casa, se pudo apreciar cómo un rebelde enemigo se apostaba con un lanzamisiles, el cual disparó hacia la casa.

—¡Lanzamisiles! —Gritó otro soldado mientras se tiraba al suelo tratando de buscar refugio y protección.

Julio y Manuel se dieron cuenta que el cohete venía directos hacia ellos, pero no pudieron reaccionar a tiempo. Tras el impacto, la casa acabó por desplomarse del todo sepultando a todo el que estuviera dentro. No sobrevivió nadie.

Capítulo 2

IN-VAGINA

Darío Rojas era un argentino, que cumplía los cuarenta y cinco años en pocos días. Se mantenía siempre en buena forma. Llegó a España hacía quince años. Era actor, y dada la inestabilidad de su profesión, compartía piso con Martín Sevilla, otro cuarentón. Pero éste se hallaba de viaje a la playa.

Se encontraba en su piso y se preparaba lo mejor y más rico que sabía hacer. La cocina era americana y daba al salón, y éste a la puerta de la entrada de vivienda. Tocarón al timbre insistentemente, motivo por el cual espetó su famoso "La concha de tu madre". Abrió la puerta, y al otro lado se hallaba Irina Kozlov. No era de Almería, sino de Rusia. Rubia, alta y despampanante, de ojos azules intensos. La visita le agradaría sino fuera porque en realidad estaba obsesionada con él, y le acosaba. Aún así, Darío no era un monstruo y acabó siendo condescendiente con ella.

—¡Ostia! ¡La enajenada! —Se sorprendió.

—¡Eh! ¿Qué forma es esa de tratar a tu novia? —Irina se extrañó.

—Irina: No es por ser cruel —Ahí demostró su famosa indulgencia —pero, sólo el mero hecho de pensar en salir con una loca me dan arcadas. —Ahí ya no.

Se hizo un sepulcral silencio. Darío confiaba en que sus amables palabras acabaran haciendo mella en la compatriota de Lenin. Quería quitársela de encima a toda costa, usando siempre el diálogo claro. Irina empezó a reír a carcajadas.

—¡Pues menos mal que sales conmigo y no con una loca! —Cogió aire. A pesar de su procedencia, era capaz de hablar muy velozmente el idioma de Cervantes. —Además, yo he venido aquí porque echaba de menos una cosita...

Irina se agachó en su presencia y le bajó los pantalones. Darío no pudo hacer nada ante tal hecho, sus actos eran más fuertes que sus palabras. Total, ¿qué daño podía hacer? Ella comenzó a succionar sus partes nobles, las de él, no las de ella. ¡Menuda contorsionista, si no! Darío olvidó cerrar la puerta de la entrada y una anciana vecina vio todo. Se sorprendió y le miró con cara de asco. Darío, mientras disfrutaba de una buena felación soviética, cerró la puerta de golpe. Al segundo, entró con su llave Martín y vio toda la escenita sacada del más cutre porno que pudiese existir.

—¡Joder, Darío, ya tengo miedo hasta de entrar en casa!

—¿Pero tú no estabas en la playa?

En ese momento, el mundo de Martín se derrumbó. Era incapaz de irse sólo a la casa que tenía en la costa murciana, puesto que siempre fue con Claudia, su ex. Una chica diez años menor, que le devolvió la vida y la juventud. Por desavenencias y decisión mutua lo acabaron dejando. Bueno fue más bien unilateral, por parte de ella, y ahora vive ahogándose en lágrimas por doquier. Martín se echó a llorar encima del hombro de Darío, desconsoladamente. Quizás no era el mejor momento para eso, claro.

—¡No puedo ir solo! —Lloró.

—Oye, colega, no me toques cuando me la están chupando. —No le quedó otro remedio finalmente que darle unas palmaditas en la espalda de consolación —Va, va.

Darío se dio cuenta de la situación. Le tenían agarrado por dos flancos, y uno de ellos pesaba noventa kilos.

—Estamos para una foto —Dijo para sí mismo.

—No puedo dejar de pensar en Cristina, tío —Sollozaba.

—¿Quién es Cristina? —Preguntó Irina como pudo.

—Su Ex.

—¡Vaya por Dios!

Volvieron a tocar en la puerta de la entrada. Darío no podía moverse. Intentó agarrar el pomo estirándose, pero abajo sentía cosquillas y arriba un peso pesado. Finalmente, con un sumo esfuerzo logró abrir. Entró como una exhalación su vecino de al lado, Andrea, un italiano cincuentón, calvo y alto. Llevaba la nariz manchada de cocaína y una joven inconsciente, desnuda, en brazos.

—¡Joder, chicos! ¡No se despierta! —Abrumado estaba. Antes de llegar al sofá del salón para dejar a la chica, miró hacia Irina —A mí nunca me han hecho eso así.

Darío, Martín e Irina se dieron cuenta de la situación y volvieron a sus posiciones naturales: Vertical. El madrileño se secó las lágrimas de sus ojos y trató de poner algo de cordura a la situación:

—Pero, ¿respira?

Andrea tumbó a la chavala en el sofá. Todos se acercaron a mirarla. Darío acercó su oído a la nariz para escuchar su respiración. Afortunadamente todo estaba correcto.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó.

—Es una amiga de Italia.

Darío y Martín le miraron pasmados. Entre la coca de su nariz, la mujer desnuda e inconsciente y la respuesta poco coherente, nada tenía sentido.

—¡Está bien! —Confesó molesto —¡Pago por sexo! Tengo cincuenta años, ¿vale? ¡No es fácil a mi edad!

—¿Qué estabais tomando? —Preguntó Martín a lo Doctor House.

—¡Sólo ella! Puede ser alguna mala ingesta de Éxtasis, LSD, hongos, anfetaminas, o algo de peyote.

—¿Todo a la vez?

—Sí, pero yo no probé nada, ¿eh?

Martín y Darío volvieron a mirarse extrañados. El primero le señaló la nariz, para que se la limpiara. Se dio cuenta, y rápidamente se quitó los restos de cocaína.

—¡Esto es polvo de talco! Estornudé encima, y se ve que...

—Ya, polvos de talco... —Sonrió Irina, experta en estupefacientes.

—¡Vale! Esnifé coca en su culo —Espetó confesando —¡He cumplido los cincuenta! ¡La vida no es fácil! ¿Eh?

Mientras esperaban que llegara la ambulancia, se sentaron cada uno en algún lado de la cocina. Andrea no daba crédito que le pasara otra vez lo mismo. Tenía un trauma porque hace dos meses que le pasó lo mismo con otra prostituta, y ahora estaba en coma. La empezó a llegar a querer incluso. Comenzó a llorar. Martín también lo hizo, porque no sabía que su amigo y vecino tuviera tanto dolor dentro. Darío intentó que reaccionasen por la chica que estaba sin consciencia, para intentar reanimarla de alguna manera.

—¡Qué poco empático eres! ¡Los problemas de los demás no te importan! ¡Sólo tú! ¡Sólo tú! —Martín se dio cuenta de que el argentino estaba hecho

de hielo.

—¿Cómo que no me importan los problemas de los demás?

—¡Es verdad! ¡Yo llevo mucho tiempo jodido por mi ex, y no veo que eso te importe!

—¡Al principio sabes que sí, pero luego siempre lo mismo! ¡Supéralo, che! ¡Te ha dejado! ¡No pasa nada! A todos nos dejan alguna vez. ¡Pero la vida sigue!

—No es fácil, ¿eh? —Apostilló Andrea.

—¡Hace treinta años que no veo a mi padre, y nadie escucha mis quejidos!

Martín se quedó estupefacto.

—¡Ahora me entero que tiene padre! —Se lo comentó a Irina y Andrea

—¡Si es que no se abre!

—Pobre, mi chico —Se entristeció Irina.

— ¿Veis? ¡Y ahora que tiene novia, también!

—¡Obvio que tengo padre! ¡Nos abandonó cuando tenía diez años! Se marchó de Argentina olvidándonos.

Darío vino en busca de su padre. Le habían informado que se encontraba en España, pero jamás dio con él. Andrea sintió una pena muy grande.

—¡Tienes que abrirte más a nosotros! ¡Somos tus amigos!

—¡A nadie le importa mi vida!

—¡Eso no es cierto! ¡Sabes que a nosotros sí! —Dijo Martín.

—¡Estuve cinco putos años asomándome a la ventana para ver si volvía!

—En ese momento, Darío estalló en lágrimas —¡Pero, jamás regresó!

Martín abrazó a Darío.

—¡Sé fuerte!

Andrea, sin dudar, los abrazó.

—Aquí estamos tus amigos.

—Yo siempre voy a estar para apoyarte, cariño. —Sentenció Irina.

—¡Y no me quito a esta mujer de encima, ni de coña! —Cada vez lloraba con más intensidad.

En ese momento, la puta comenzó a despertarse. Se estiró alegremente, y se quedó extrañada mirando la situación.

Horas después, ya caída la noche, Darío, Martín y Andrea se encontraban en la terraza de éste. No era muy grande, pero suficiente para poner tres hamacas de playa, y mirar las estrellas. El lugar de relajación de los tres. El argentino se fumaba un porro de marihuana, Martín bebía una cerveza y Andrea, cómo no, lambrusco. No es fácil, ¿eh? La vida es muy dura.

—¿Saben? Hoy fue un día muy interesante. Deberíamos repetirlo más a menudo. —Darío reflexionó.

—Bueno, tampoco hay que abusar. Tanta emoción para el corazón no es saludable. Cuando lleguéis a los cincuenta lo comprobaréis. —Respondió Andrea.

—Yo también quiero empezar el día con una mamada... de Cristina
—Martín suspiró —¡Ay, no sabéis cómo las hacía! ¡Era como estar escuchando una serenata tocada por los mismísimos ángeles!

—¡Cristina se acabó, boludo! ¡Sal! ¡Diviértete! Fornica, cabrón.

—Ya lo intenté una vez. En pleno tema, no hacía más que ver la cara de Cristina en la de la chica.

—Lo tuyo es obsesión, colega.

—¿Ves, Andrew? ¡Ya está faltando! ¡No deja explayarme! ¡Yo ahí sentido, metido en el problema, y ya me corta el rollo!

—No te corto el rollo. Soy tu amigo. Te hago ver la realidad. Eso en mi país se llama ayuda, bolu.

—Un país lleno de gente sin corazón —explicó sabiamente Andrea.

—Y tú calla, que menos mal que la chica se despertó.

—Tengo cincuenta, no es fácil, ¿eh?

—Como vuelvas a decir tu edad, te cago a trompadas. —Ya se empezaba

a molestar.

—Sin corazón, totalmente —Martín confirmó.

—¡Qué hombre más vacío! ¿Te das cuenta?—El italiano suspiró.

Capítulo 3

ESTA MALDITA GUERRA

"Los sucesos acaecidos en esta historia tuvieron lugar en algún momento entre 1942 y 1945. Cualquiera parecido con la realidad es pura coincidencia... o no. ¡Vete a saber! ¿Estuviste ahí? ¡Ah! ¡Pues entonces no vayas de listo, colega! ¡Agh! ¡Qué coraje!"

Había estallado la Segunda Guerra Mundial. SGM para los amigos. En un campamento aliado, al este de Alemania, se preparaban para una gran ofensiva. El estoque final a un puesto del Eje. Hacía un día de mucha niebla, y el suelo estaba embarrado. Los soldados se componían de distintas nacionalidades, no sólo ingleses, sino franceses, irlandeses, estadounidenses o soviéticos. Se podía unir todo el que quisiera luchar contra la Alemania Nazi y su führer. Entre ellos estaba el Cabo Nagasaki. Joven japonés que no llegaba a la treintena. Perdió a su amada en esta maldita guerra. Su único afán era encontrarla, y ya si eso matar nazis. Salió de su pequeña tienda de campaña. Vio cómo varios soldados hacían prácticas de tiro, usando a chavales como diana, y se sentó sobre unas cajas que allí habían. Sacó la foto donde estaba retratada su amada, y le empezó a brotar una lágrima. Juró que descubriría su paradero. En ese momento, llegó el cabo Pérez, un andaluz, barbudo y desaliñado. Era su mejor amigo en esta maldita guerra.

—¿Qué pasa, iyo? ¿Por qué estás tan triste, pisha?

—Es mi amada, tío —Acto seguido exageró su tono cual galán de culebrón

—¡Ha desaparecido en esta maldita guerra!

El Cabo Pérez miró a su amada en la foto.

—¡Es muy guapa, arsa! ¡Si no fuera maricón, me la jincaba, arriquitaun!.

—Gracias, cabo. Es todo un detalle. —Se recompuso y trató de ser revolucionario —¡Esta guerra es un sinsentido!

—Ya lo sé. Me ha dado un avenate.

—¿Un qué... te ha dado? —Dijo secándose las lágrimas.

—Nada. Un enfado —Dijo impasible, sin ningún atisbo de emoción.

—Ah... —Se hizo un silencio —Y, ¿por qué, tío?

—Nada, hombre... ¡Me ha dado una pelúa!

Nagasaki no pudo contener la emoción ni las lágrimas y abrazó a su amigo.

—¡No te entiendo nada, pero sé como te sientes! —Dijo sollozando.

Tras unos instantes agarrados, el español se separó del japonés.

—Me ha encantado este momento de abrirse. Pero toca ponerse púo.

Ambos se dirigían hacia un pequeño comedor improvisado en mitad de un monte, donde se encontraba dicho campamento. La fortaleza del mal se encontraba a unos kilómetros de allí y el Teniente John era el encargado de llevar a cabo el ataque. Éste era algo más joven de lo que se podría esperar de alguien de su nivel. Pero tenía más cojones que todos los treinta soldados que quedaban vivos en ese lugar, pero menos que los que estaban muertos, por eso estaban muertos. ¡Por gilipollas!. John era de Wisconsin y un patriota de bandera. O sea, no es que fuese un patriota atractivo. Sino que tú le enseñas una bandera, y se te arrodilla ante ella, con la mano en el pecho y todo. ¡Puto loco! O sea, quiero decir, que todo está muy bien, que cada cual tiene sus ideas y tal.

Para llegar al comedor con mesas hechas de cajas de cartón, Nagasaki y Pérez tenían que cruzarse con el teniente. Estaba enfadado porque unos subalternos no se creían que fuera el más devoto de su país. Llamó al oriental y le hizo sacarse una bandera de Estados Unidos de su bolsillo.

—¿Otra vez, teniente?

—¡Hágalo, cabo! ¡Quiero enseñarle a estos palurdos quien soy yo!

Nagasaki se la sacó. Luego la bandera también, y extendió el trozo de tela con colorines, o sea, quiero decir, el estandarte. Su superior al verla, se arrodilló con la mano en el pecho rápidamente, manchando toda la ropa con barro y gritó:

—¡Dios salve a la Reina!

—No, teniente, eso es el Reino Unido.

—¡Vive le France!

—Nope.

—¡Oh, Canadá!

—Tampoco.

—¿Franco, Franco, tiene el culo blanco...?

El Cabo negaba con la cabeza, no veía futuro en esto.

—¿Waka, waka?

—¡Dios bendiga América!

—¡Joder, me lo sabía! —Rabió.

Lograron llegar al comedor y el cocinero, un francés cincuentón, les sirvió una comida en un plato, si es que eso se podía llamar así.

—Dicen que hoy vamos a atacar un fuerte de los nazis que hay colina arriba. —El andaluz le cotilleó a Nagasaki.

—¡Igual está ahí mi amada! ¡No voy a parar hasta encontrarla en cada rincón de este país!

—¡Te va a llevar tu tiempo, quillo!

Nagasaki probó algo de su comida, pero ya estaba fría para cuando llegaron, y se quejó de ello a su amigo, muy bajito. El susurro, no el cabo Pérez, ése era alto. El cocinero le escuchó a cien metros de distancia y corrió indignado hacia el japonés.

—¿Qué pasa? ¿¿Que no está del gusto del señor la comida?? ¡Me paso horas y horas en la cocina, deslomándome para que podáis comer! ¡Lo hago con todo mi amor! ¡Con toda mi profesionalidad! ¡Con todo mi decoro! ¡No tengo casi apenas tiempo ni de dormir! ¡Para que vengan a decirme esto! —Le hace burla —"¡Está frío! ¡Está frío!" ¿Qué pasa? ¿¿Que preferiría hacer usted la comida?? —Su enfado iba en aumento, llegando incluso a escupir al hablar —He dejado de lado incluso a mi perrito PIGUI, para hacerles la comida y ¿¿se quejan?? ¡Por quien me han tomado!! ¿¿Por la chacha?? ¡¡Con lo bien que estaría yo en el bar La Bámbola tomándome un vinito del '62!!

Nagasaki se secaba la saliva que brotaba del francés conforme iba llegándole.

—No, caballero, disculpe, yo...

—"Caballero, caballero" —Le volvió a hacer la burla —¿Pero quién se ha creído interrumpiéndome? ¡Se cree mejor que yo porque va a disparar a la gente! ¡Pero yo hago arte con la comida! ¿¿Eso es peor que matar a gente?? ¿¿Está usted infravalorándome?? ¿¿Por qué no me pega un tiro y

acabamos ya de una vez con esto?? ¡Es increíble! ¡Dejé de cuidar a mi abuelita, que está muy mayor, para que me escupieran a la cara de esta forma! ¡Encima no puede pagar el alquiler y la van a desahuciar! ¡Y no hablemos de tía Charod, que ni andar puede! ¡Y tantas facturas que pagar...! ¡Y encima no les gusta mi comida! —Se empezó a agobiar — ¡Y qué será de mis hijos! ¡Y de mi perrito PIGUI!

Tal era su agobio al final, que empezó a sufrir un infarto y acabó cayendo al suelo a plomo.

Un tipo grandote, de cien kilos, se acercó por detrás de Nagasaki tras haber visto todo. Estaba muy enfadado, porque era el hermano del cocinero, y se lo tomó como algo personal. Agarró al japonés y lo levantó de un plumazo. Lo empotró contra una pared, cogiéndole de la pechera.

—¿¿Qué le has hecho a mi hermano?? ¡Por qué le ofendes tanto! ¡No ves que él se mata para que podáis comer! ¡Desagradecidos! ¿Qué será del perrito PIGUI? Debería matarte ahora mismo. ¿¿Algo que decir a tu favor??

—Sí, que soy un chico simpático, agradable, dicharachero...

En ese momento, el tipo le soltó, cambiándole totalmente su expresión a alegría.

—¡Ah! Pues yo creo que eso te ayudará a conquistar a damiselas. Pero si fueras más misterioso, sería mejor.

—¿Tú crees que eso ayudaría?

—¡Es la base de la seducción!

Nagasaki fue a comprobar si funcionaba. Se plantó delante de una chica.

—Hola, chica. Soy un tío simpático... o no.

Fue un exitazo, en ese momento la chica se puso cachonda.

—¡Oh, Dios, qué misterioso!

La chica le plantó un beso enorme a Nagasaki y éste le mostró el pulgar arriba al tipo grande. El Cabo Pérez presenció todo al lado del asesor de conquistas.

—Pisha, soy un tío simpático... o no.

—Vamos a la caseta de atrás —Concluyó el maestro agarrando de la mano

al susodicho.

Era hora de partir hacia el campo de batalla. En este caso, el fuerte de batalla. El Teniente John estaba frente a sus hombres en hilera, con un speech motivacional para enfrentarse al enemigo. Estaba tan tenso y lo decía con tanto énfasis, que se le notaba la vena del cerebro y el cuello.

—¡Bien, mis soldados! ¡Hoy es un día crucial en esta maldita guerra! ¡Hoy atacaremos un puesto clave de esos madafakas nazis! ¡Subiremos colina arriba y arrasaremos con todo lo que veamos! ¡No titubeéis! ¡Cualquier duda puede ser vuestra muerte! ¡Y la de tu compañero, si tiene la mala suerte de estar cerca de un cobarde, hijo de puta, malnacido, estúpido, que duda! ... —En ese momento trató de calmarse, y conseguir oxígeno —¡Muchos de vosotros habéis cruzado al bando contrario, y os habéis unido a nosotros porque sabéis que esta guerra la ganaremos nosotros! ¡Y todo eso pasa por meterles vuestras armas por el culo a esos hijos de la grandísima puta!.. "¡Que oye, que tienen sus ideas y es muy respetable...!" ¡JA! ¡Me río yo de esa mierda! ¡Así que subid de una puta vez ahí arriba y arrancadle el corazón negro que tiene esa puta gente violenta! ¡Matadlos a cabezazos! ¡Rebanadle el pescuezo a mordiscos! ¡No permitiremos jamás que cuatro gilipollas, nos quieran privar de libertad con violencia! ¡Porque NOSOTROS SOMOS LA LIBERTAD! ¡Y mataremos a cualquiera que piense diferente a nosotros!

—No estoy de acuerdo —Uno de los soldados desafió a su superior.

—¡Es alemán! —El teniente le señaló de forma acusativa al soldado.

Todos los demás le pegaron una paliza al desafiante, incluido el teniente que no hacía más que pegarle patadas en el suelo. Paró y se recompuso. Todos volvieron a su posición. John se aclaró la garganta.

—¿Por dónde iba?... ¡Ah, sí!... ¡Un nuevo mundo nacerá a raíz de esto! ¡Id allí y arrancarle los ojos a nuestro enemigo! ¡Esos hijos de una hiena! ¡Malparidos hijos de puta! —Cada vez le nacía más la rabia — ¡Que les cogía y les arrancaba la vida, puta gente violenta! ¡Agh, qué coraje! ... ¡Waka, waka! —Levantó el puño.

—¡Dios bendiga América, Señor! —Nagasaki corrigió susurrando apresuradamente.

—¡Dios bendiga América! —Volvió a levantar el puño.

Sonaba la canción Fortunate Son de Creedence Clearwater Revival, mientras los soldados iban en dos filas, una a cada lado de un camino sin asfaltar que allí había. Iban armados con ametralladoras, rifles y pistolas. El Teniente John lideraba la avanzadilla. De repente, mirando a un punto más adelante, se paró, e hizo una seña con su brazo a su equipo para que

se detuvieran y se agacharan. Luego empezó a decir con gestos raros, que flanquearan la zona, y luego que se fueran atrás, que saltaran la conga. Se lió con las informaciones. Uno de los soldados, de los más alejados en la parte de atrás, se levantó y rió.

—¡Esa me la sé! —Y comenzó a bailar arrítmicamente.

El bailarín recibió un disparo repentino y cayó.

—¿Qué le ha pasado? —Otro de los soldados se puso de pie y también fue abatido.

—¡Caemos como moscas! —Exclamó sobresaltado el jefe —¡A por ellos!

John fue corriendo y gritando como loco, junto a todo su pelotón. Sin pensar y enajenados. Llegaron al fuerte y entraron por la puerta grande. Empezaron a disparar a toda la gente que había por ahí, incluyendo niños, mujeres y kioskeros. El Cabo Pérez cogió del cuello a un niño y lo ahogó cual Homer a Bart Simpson. El japonés rompió la nariz de una mujer de un cabezazo brutal. El más cruel fue otro de los soldados, que le quitó el bastón a un anciano que pasaba por allí, y se esmorró contra el suelo. El Sargento John vio a un niño solo que tenía un balón y no entendía nada de lo que pasaba. Se intentó acercar al militar sonriendo, creyendo que era su padre. John, que la simple idea de tener un hijo le daba mucho miedo, miró para los lados y se sacó una granada. Le quitó la anilla con la boca y se la tiró al niño. Se cubrió en el suelo y la bomba estalló.

Minutos después, todo estaba empapado de un inmenso silencio. La batalla se acabó. Sólo se notaba polvo en el ambiente, y decenas de cadáveres en el suelo, menos los de los soldados. El Teniente se puso de pie de un salto y se sacudió toda la suciedad de su traje militar, incluidas las insignias. Vio un pequeño cuaderno en las manos inertes de un niño de tres años. Habían dibujos hechos por él. Lo agarró y lo miró sonriendo.

—¡Puto marica! ¡Ni sabía dibujar! ¡Seguro que entre todos estos garabatos hay claves que se enviaban para atacarnos!

A lo lejos se veía un viejecito afable, que se acercaba con su bastoncito. Vio que todo había sido exterminado.

—Discúlpeme, señor —Dijo el simpático carcamal.

—¡Dígame, buen hombre! —Exclamó victorioso John.

—¿Ustedes son de los aliados?

—Sí, hemos venido a este país a procurarle la paz a sus ciudadanos.

—Dijo orgulloso.

—Es que nosotros estamos del lado de ustedes. ¡Han matado a mi familia!
¡Bueno y a todo el pueblo!

—¿Qué dice usted? —Sacó un mapa desplegable —El puesto avanzado
enemigo estaba al norte.

Nagasaki observó el mapa que leía su superior.

—Déle la vuelta al mapa, señor. Que esto es el sur, no el norte.

Se dio cuenta de la pifia. Lo tenía boca abajo. Intentó disimularlo, dándole
la vuelta rápidamente y con una sonrisa nerviosa.

—Bueno, todos somos humanos, ¿no?

—¡Estos ya no! —Dijo uno soldado a lo lejos, señalando los cadáveres de
mujeres, ancianos y niños.

—Estos ya son ex-humanos. —Dijo otro.

—¿No os extrañaba que fuera tan fácil? —Otro más se apuntó a la
conversación.

—Sí, sí, pero yo tenía que matar, y ya que estábamos...

—Ninguno se defendía, ahora que lo dices.

—Yo creo que una de las mujeres me guiñó uno ojo, antes de dispararle
en él.

—Me da que maté a mi padre.

—Ya, pero ¿quién nos atacó ahí fuera? —Preguntó sabiamente Pérez.

—Quizás fui yo. —Dijo el vejete con vergüenza —¡Es que no veo bien de
lejos! ¿Sabe usted? Pensé que cazaba patos...

—Bueno, menos cháchara, y volvamos al campamento. —Se impuso John.

Nagasaki quería averiguar si el honorable anciano sabía la posición exacta
de su chica. Él la reconoció, era la hija de la Paquita. Le dijo que se lo
preguntara a una de las mujeres moribundas que estaban allí, que seguro
lo sabrían. Fue directamente a por una, que tenía un parche en un ojo.

—¡Anda! ¡La que me guiñó el ojo! —Dijo de lejos uno de los soldados.

Nagasaki le agarró de su cabeza, y la irguió levemente.

—Oiga, señorita. ¡No se muera todavía!

—Estoy moribunda... —Dijo quedándole solo un suspiro.

—¡No se muera aún! —Gritó hacia los que estaban allí —¡Que alguien llame a una ambulancia!

—¡Ambulancia, ambulancia! —Exclamó un soldado corriendo en círculos como pollo sin cabeza.

—Así no, hombre. ¡Por teléfono!

—¡Estamos en los cuarenta, tío! —Dijo Pérez.

—¿Habría algún teléfono por ahí, no?

—¡A saber...!

—¿Me vais a hacer caso o me puedo morir ya? —Dijo la tuerta indignada.

Nagasaki se dio cuenta.

—Sí, disculpe señorita. —Comenzó a zarandearla —¿¿La ha visto?? ¿¿La ha visto??

—¿¿A quién??

—¡A la hija de la Paquita!

—¡Ah, sí! ¡Salió en busca de su amado al puesto avanzado nazi del norte!

—¡Me ha ido a buscar! —Exclamó feliz.

—¡Bien, mis soldados! ¡Toca ir a buscar a la amada del Cabo!

—Pero, ¿no era matar a esos nazis hijos de puta? —Preguntó un soldado.

—¡Ah, claro, joder! ¡Bien mis soldados! ¡Toca matar a esos nazis hijos de puta! ¡En nombre de la Paz y la libertad!

John salió corriendo disparando al cielo, seguido de su pelotón, igual de motivados que él. La tuerta y el vejete se quedaron mirando cómo salían

corriendo.

—¡Cuánto loquillo! —Él sonrió con afabilidad.

—Pues ya verás qué risas cuando se entere el chaval que ella iba en busca de su amado nazi.

Ambos se miraron, y al segundo corrieron tras ellos, ideo no podían perdérselo!

Capítulo 4

EN UN PAÍS CUALQUIERA

Es un día muy importante para la nación de un país cualquiera. Hoy, el presidente electo se va a reunir con uno de los portavoces del grupo armado FATIC, para intentar llegar a un acuerdo de paz y cese de violencia. Dicho grupo lleva ya muchas víctimas en su haber, debido a la necesidad de querer independizarse del país.

El presidente está sentado en su sala oval. Se fuma un puro sentado en su trono. Entra el portavoz. Se saludan con un apretón de manos y se sientan.

—¡Ya te echaba de menos, güey! —Le ofrece un puro al portavoz.

El hombre lo acepta y lo huele.

—Deberíamos hacer esto más a menudo, sí.

—Oye, y ¿el jefito? Aún no conozco al nuevo.

—¡Este es un loco de los huevos! ¡Está frito por matar a mucho de los suyos!

—¡Se creerá Rambo! ¡Dile que no se pase! Que ya la gente no tiene tantas ganas de servir a su patria y cada vez tenemos menos efectivos... ¡Oye por cierto, antes de que se me olvide! ¿Recibiste el cargamento de armas, no?

En ese momento entra un operador de cámara, con su trípode incluido. La pone en el suelo y les enfoca.

—Disculpen, tengo que grabar imágenes para las noticias.

Eso incomoda mucho al portavoz.

—¡No te preocupes! ¡Este es de la cadena nacional! ¡Ya sabes cuál es el proceso! ¡Tú haces como que hablas, te toman unas imágenes, y para casa!

Se graban las imágenes con el paripé y se va el operador.

—Bueno, ¿qué? ¿Les llegó el cargamento de armas?

—Sí, sí. Todo lo que pedimos. ¡Están todos muy ilusionados con el material! ¡Con ganas de probarlo! ¡Aquí le traje el dinero! —Le abre un

maletín que traía.

El presidente coge uno de los fajos de billetes que había dentro y lo huele.

—¡Qué bien huele esta mierda! ¡Ah! Por cierto, tenemos que montar un show con tu jefe, o su mano derecha, o alguno de los de arriba. Pierdo credibilidad, y necesito remontar, ya sabes.

—Pues no entiendo por qué. El anterior presidente sí era malo, huevón, pretendía imponer sus ideas, y jodernos. Menos mal que salió usted en esas elecciones "democráticas". —Sonríe —El pueblo necesita a hombres tan íntegros como usted.

—Bueno lo que necesito es una detención o pegarle cuatro tiros a algún jefecillo de los de tu grupo. Algo sencillo. Grabarlo y ponerlo en las noticias de todo el país.

—Bueno, pero todo con chaleco antibalas, ¿no?

—Claro, soy una persona íntegra, como dijiste tú. Detención o cuatro tiros, y luego le damos el pasaporte y que escoja cualquier país que desee. Le damos casa y coche. Sin problema. Todo lo arreglamos nosotros.

—Estupendo.

—Ahora si me disculpas, tengo que llamar a nuestro intermediario de armas, para darle su parte del dinero.

—¿Al Vaticano?

—¡Qué va! ¡Esos mamones son muy avariciosos! ¡No nos sale a cuenta! ¡Cambiamos de dealer!

Minutos más tarde, una presentadora se dirigía hacia los espectadores, en directo desde la rueda de prensa del presidente.

—¡Esta mañana tuvo lugar la reunión por el desarme y por la paz del país! Se entrevistó el presidente Fabio Contreras, junto al representante del grupo armado FATIC, Julio Orozco, para llegar a un consenso de paz y acabar con la violencia que asola el país!

El presidente habla para todo el país en la rueda de prensa esperada.

—¡Hoy ha sido un día muy fructífero para la paz en este país!. Hemos dado un paso de gigante para consensuar armonía entre el grupo armado FATIC y el gobierno de esta nación, con el fin de dar paz y sosiego a todos

nuestros habitantes! ¡Porque para nosotros eso es lo más importante! ¡El pueblo son el motor de este país y a los que nos debemos!

Capítulo 5

REGALO DE AMOR INESPERADO

Lucía había conseguido, por fin, casarse. Después de varias relaciones, logró encontrar a alguien bueno, serio y leal. Que le trataba como una reina. Éste era Pablo. Se conocieron en una cafetería. Se miraron mutuamente, y al poco, estaban ya sentados tomando café juntos. Todo era idílico. Ella estaba encantada. Aunque sí es verdad que, por otro lado, desconfiaba. Recién salía de una relación bastante dura, pero ella era muy positiva, y sumando terapia, acabó superándolo. Pablo y ella tuvieron una hija al poco de su enlace.

En uno de sus cumpleaños, éste le tenía una sorpresa guardada. Le llevó a un callejón, donde era imposible que nadie les viera. Ella cada vez se sentía más intrigada y confusa, él nunca había reaccionado así. Le tapó los ojos y le condujo hasta el final del lugar. Le pidió que no los abriera, hasta que no le avisara. Ella sentía algo de miedo en el fondo. De repente, escuchó unos golpes. Se asustó y destapó su mirada.

—Feliz cumpleaños, nena —dijo Pablo con una sonrisa maliciosa.

El chico le ofreció una pequeña pala de jardín. Dura como ella sola. Por un momento, pensó que significaba que él había accedido a comprar aquella casa con el pequeño jardín que habían visto, y que a ella le encantaba. Pero nada más lejos de la realidad, a eso no se refería. Le señaló más adelante, a pocos metros. Allí se encontraba su ex pareja, maniatado y amordazado, de rodillas en el suelo, y con aspecto desaliñado de haber recibido una paliza. Él lloraba. No era capaz de moverse de los golpes. Ella tardó en entender qué hacía ese hombre así. Pero dedujo lo que le ofrecía su marido. En ese momento, dudó de sus intenciones. Esa mirada maligna daba miedo, pareciera que le salía el monstruo que hasta ahora no se había imaginado. Pero por otro lado, su ex se lo había hecho pasar putas. Pero mucho. Era un machista maltratador, tanto física, como psicológicamente. Tanto es así, que si no llega a actuar a tiempo, la habría matado. La violó en innumerables ocasiones. La golpeaba, la trataba como si fuera una mierda de persona, hasta tal punto que llegaba a creérselo. En ese preciso instante se le agolparon todos esos recuerdos que había superado ya, y que quería esconder en lo más profundo de su mente, para que no volvieran a salir nunca más. Pero lo hicieron. Finalmente decidió aceptar el regalo de su marido y cogió la pala. Fue directa a por él, y le golpeó tanto en la cabeza que acabó matándolo, con mucha rabia. Pablo, rápidamente, le frenó. Su intención no era más que darle una lección, para que no volviera a tocar a ninguna chica más, pero Lucía se había enajenado. En unos segundos, recapacitó y vio lo que había hecho. Por

una parte se horrorizó, pero por otra sabía que ninguna chica sufriría más lo que pasó ella.